

pie al uso propiamente dicho, el cual, al tenor de aquella doctrina, debe ser omnipotente. Por fortuna la experiencia enseña que el uso es susceptible de educación y perfeccionamiento; que los escritores clásicos ennoblecieron y ornamentaron la lengua; que la gramática, la lógica, la erudición y la crítica, la depuran, la regularizan y acicalan; y que las Academias, conciliando lo razonable y lo conveniente, el interés de la ciencia con los de la nación, ejercen una autoridad benéfica.

Fijad un poco más la consideración, y notaréis que si al decoro de la Academia no es indiferente la elucidación del tema propuesto, menos lo será para la suerte de la lengua y literatura nacional la especie de opiniones que hayan de arraigarse y prevalecer en materias relativas a la propia cuestión. «¡Cuidado», nos dice el lexicógrafo francés tantas veces citado, «con el desdeñoso juicio del oído, que rechaza incontinenti todo término desusado, asimilándole al arcaísmo, o relegándole como decían con desdén nuestros padres, al lenguaje gótico o galo;